

3-199

("Colección Ariel", San José



sus cuerpos la yerba y la raíz cortadas por los brujos en mitad de la noche, cuando más zumba el viento y las aves agoreras dejan en el ramaje sus gritos estridentes: sóbrales para el sustento el plátano de sencillo cultivo, y fincan el colmo de la labor en el fácil beneficio de haciendas. Elemento eficiente de la convulsa alma nacional, bien poco ha dado fuera de su aptitud física para la resistencia al trópico. El fondo ancestral de la sangre late en el aporte de la suya con un lento ritmo fatal.

BALTAZAR VALLENILLA LANZ

(De Venezuela.)

(Costa Rica), 15 agosto

1915).



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO S. USALES

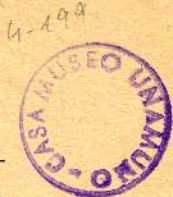
Guerra y milicia

EN uno de sus últimos escritos decía Wells, el tan conocido novelista y fantaseador —o sea profeta—inglés, que execra la guerra porque es una cosa aplanante. “Es un insoportable aburrimiento—escribía.—La guerra y la preparación para la guerra, los impuestos, el ejercicio, la instrucción en toda la actividad libre, la detención y el arrecimiento de la vida, la obediencia a gentes de tercer orden vestidas de uniforme, de que los alemanes han sido los infatigables protagonistas: todo esto ha llegado a ser una llaga para la humanidad entera.”

Por mi parte, lo he dicho más de una vez y lo repetiré cuantas veces lo crea necesario: execro del militarismo más que de la guerra. No es la guerra lo que me repugna; es su organización técnica, es su mecanización. Así como puede haber un hombre y hasta un pueblo entero que sean religiosos, muy religiosos, profundamente religiosos y anticlericales, puede haber un hombre o un pueblo que sean belicosos y antimilitares. Los cuáqueros son religiosos y rechazan todo sacerdocio.

Así como hay quienes han sostenido que es el sacerdocio el que pervierte la religión no faltará quien sostenga que es la milicia profesional la que pervierte la guerra. Las almas religiosas adognáticas y antisacerdotales sienten que no necesitan medianero para comulgar con su Dios, y los espíritus belicosos atávicos y antimilitares sienten que pueden pelear la pelea del mundo, hasta la cruenta cuando sca preciso, sin alzar esa casta guerrera. El día en que todos seamos sacerdotes y todos soldados se habrán acabado el sacerdocio eclesiástico y la jerarquía militar. ¿Es esto posible?

La verdad es otra y es que desgraciadamente ni se puede mantener una religión sin una especie de sacerdocio y una de teología y una iglesia, ni se puede estar preparado para la guerra o contra ella sin una especie de ejército y una de estrategia y una casta militar. Porque así como el ejército puede ser y a las veces es, por interna dialéctica de aparentes contradicciones, una preparación contra la guerra, una iglesia y una teología suelen ser una disposición contra la religión. Los pueblos se entregan a un sacerdocio para no tener que pensar su religión; delegan en él la preocupación del destino último del hombre. Y los pueblos se entregan a una milicia para no tener que cuidarse por sí mismos de la guerra. Y de aquí que nadie rehuya más el sacerdocio y la teología que el más profundamente



religioso, ni nadie rehuya más el ejército y el militarismo que el hombre de veras belicoso y guerrero.

Dejo para otra ocasión el desarrollar más apretadamente esto de que el clero y la iglesia sean los mayores enemigos de la religión y, sin embargo, ésta no puede subsistir sin ellos y su apoyo, y que el ejército y la milicia sean los mayores enemigos de la guerra, siendo así que son los que la hacen. La hacen y la deshacen. Y ahora prosigo.

He sostenido aquí en España, campañas contra las corridas de toros, pero nunca tomándolas por el lado de la crueldad y del derramamiento de sangre. No es lo bárbaro de las corridas lo que en ellas me repugna: es lo tonto. Confieso que no soy demasiado sensible a los sufrimientos del caballo de pica o a los del toro lidiado y menos a los del torero a quien el toro coge y despanzurra, ya que él por no trabajar buscó ese peligro. Hasta creo más y es, con Próspero Merimée, que la mayor dicha para un lidiador es morir gloriosamente en la plaza. ¿Para qué quiere ese bárbaro sobrevivir a su gloria? Lo que me repugna en los toros es la desesperante simplicidad del espectáculo y su estupidez. El más obtuso y negado de los aficionados puede llegar a ser un gran *inteligente* en tauromaquia. Hay *inteligentes* en este arte—llamémosle así, y menos mal que no le llaman ciencia—que no tienen más inteligencia que una rana. Lo

que me repugna de los toros no es el espectáculo sino el tiempo y el espíritu que se malgasta hablando de ellos y de la lidia. Lo dije ya: si yo fuese autócrata duplicaría el número de las plazas de toros y las ensancharía pagando el espectáculo de fondos públicos y dando entrada al pueblo todo, pero suprimiría todos los semanarios taurinos, prohibiría escribir y hablar de corridas y de tauromaquia, disolvería las tertulias taurinas y metería en la cárcel a los que fuesen sorprendidos comentando una lidia. ¡Que lo vean, pero que no hablan de ello! Porque esto es la manera más desastrosa de corromper la inteligencia.

¿En qué consiste que nuestro clero católico, que tanto predica y despotrica contra el teatro y la lectura, respete las corridas de toros si es que no las aplaude y recomienda? En que un drama o una comedia pueden ser heréticos, es decir, estimulantes de la inteligencia y avivadores del raciocinio, pero una corrida de toros no! Una corrida de toros es lo más ortodoxo que hay. Como que embota y embrutece y aduerme la inteligencia de los aficionados. “Y si no hablan del Belmonte y el Gallo y las verónicas y los volapiés, ¿de qué van a hablar?” me preguntaba uno. Y le contesté: “De la eucaristía, de la Santísima Trinidad, de la infalibilidad del Papa o de la confesión auricular!” Y con las corridas se va a que la gente no piense.



Y digo lo mismo de otros deportes. Pueblo entregado con pasión a ellos, ni piensa, ni siente, ni quiere lo que debe pensar, sentir y querer.

Pues algo así digo de la milicia y el militarismo. Son uno de los más terribles fundentes de las inteligencias. En nuestros cuarteles no se maltrata a los que van a aprender su instrucción militar, pero hacen todo lo posible por entontecer los oficiales, entontecidos por el ejercicio de esa enseñanza. He conocido jóvenes muy inteligentes y despiertos que al cabo de unos años de ejercer esa enseñanza y de instruir soldados, habían perdido la facultad de razonar por propia cuenta. Casi tan terrible como la judicatura, que es la profesión que más deteriora el buen juicio. Raro es el juez que a los pocos años de administrar justicia no ha caído en un estado rayano en la irracionalidad. Y con la milicia pasa algo por el estilo.

He observado aquí, durante esta guerra, que los peores profetas de lo que pasa en ella son los militares. Y los peores críticos. Se puede leer lo que de la guerra escribe cualquiera menos un oficial del ejército, y si pertenece al Estado mayor, peor aún. Todo su especialismo no es más que bambolla y pedantería. Y son los más llenos de prejuicios. Hanse empeñado en hacer secretos de cosas que están a la vista de cualquier persona inteligente que quiera mirar con atención.

Claro está que hay una técnica de ingeniería, de química, de mecánica, de geografía, etc., aplicable al arte—arte y no ciencia—de la guerra, pero eso poco tiene que ver con lo que los militares presentan como su especialidad.

En todo caso, pues que ha de haber guerras —y no creo que ésta sea la última ni mucho menos—es una inevitable desgracia el que haya ejércitos, pero éstos deben ser organizados más contra las guerras y para evitarlas que para suscitarlas.

La educación militar durante la paz es una de las cosas más deprimentes. La disciplina cuartelaria es retardataria del progreso. Como que la educación y la disciplina militares tienden a ahogar las guerras civiles—con armas o sin ellas, cruentas o incruentas—que son las guerras verdaderamente nobles y fecundas, tienden a sofocar el espíritu de revolución. Si Francia hubiese estado militarizada como Alemania, no habría surgido aquella especie de guerra civil, que fué el *affaire* Dreyfus, uno de los movimientos más nobles y más grandes y más fecundos. Un pueblo que en lucha consigo mismo por un asunto de justicia y de dignidad personal humana descuida el apercibirse a la defensa contra el enemigo común, es mucho más grande y noble que otro pueblo que acaba sus discordias intestinas —si es que el rebaño las tiene—para prepararse a agredir al vecino. Me parece innoble la unanimidad de un pueblo de presa. El lobo



que se defiende del hambre echándose sobre una ovjea no tiene luchas interiores ni combates de conciencia. Un criminal no riñe batallas consigo mismo en su corazón.

Pero un pueblo así, noblemente dividido en sí mismo, un pueblo de contradicción y de fecundas luchas intestinas, es mucho más belicoso que el pueblo militarizado. Y el pueblo belicoso, acaso con apariencias engañosas de sedentariedad y de apacibilidad sensual, cuando llega la hora de defenderse se defiende con un valor más civil y a la vez más guerrero que el valor bárbaro y militar con que el otro le ataca. Porque hay en la guerra un valor civil, hecho de conciencia y de espontaneidad, y hay otro, un valor militar, hecho de inconciencia y de mecanicidad. Avanzar codo a codo, tal vez borrachos, acaso cantando, a dejarse matar, suele ser muchas veces huir hacia adelante, huir a la muerte. Suele ser acto de desesperación o de espectacularidad. O de inconciencia de espíritu rebañero o gregario.

La retirada del heroico ejército servio, un noble pueblo guerrero y no propiamente militar, un pueblo homérico, de heroicos montañeses, es mucho más grande que todos los ataques carneriles de los alemanes a Verdum. Aquel éxodo del Rey Pedro, aureolado ya desde ahora con resplandores imperecederos de leyenda, es muy otra cosa que la fría y brutal terquedad con que el ex hombre Kronprinz lanza sus divisiones a la muerte conforme a

tales o cuales principios de la estrategia y de la táctica.

Lo he dicho y lo repito: Ni la victoria, la victoria puramente militar, que no es tal victoria y que nunca dura, ni la victoria militar vale lo que cuesta. No, no vale toda esa preparación hecha a costa de la inteligencia y de la libertad de un pueblo. Y lo peor es que el triunfo militar, puramente militar, apaga la belicosidad de un pueblo. Podrá hacerle militarista y disciplinado, pero le hace servil. Y es lo peor que tienen la milicia y el militarismo, que matan la belicosidad.

Tiene razón Wells: es cosa terrible la obediencia a gentes de tercer orden vestidas de uniforme y con galones. ¿Qué sería en un pueblo inteligente y libre, por lo tanto belicoso, un bárbaro como ese Hindenburg, que, según todo lo que de él se oye, sobre todo a sus panegiristas, tiene el mismo espíritu que su gran estatua de madera a la que están llenando de clavos? Un pueblo en que puede llegar a ser ídolo un hombre de semejante mentalidad—mejor inmentalidad—está juzgado. El entusiasmo germánico por Hindenburg es lo mismo que el entusiasmo de una parte de nuestro pueblo español por el Gallito o por Belmonte. Y no creo que Hindenburg sea superior a Belmonte, fenómeno taurino, en inteligencia ni en otras facultades.

Hablando de él, de Hindenburg, no de Belmonte, cuenta el mayor general inglés, Sir



Alfredo E. Turner (en *The Saturday Review* del 13 de este mes de mayo) que oyendo una vez a los oficiales de su Estado mayor hablar de poesía y comparar los méritos de Shakespeare, Goethe y Schiller, saltó, ya impaciente, diciendo: "Gracias a Dios, jamás me he puesto en peligro de ablandarme leyendo poesía!" ¡Qué se iba a ablandar! Ni aunque la hubiese leído. Por supuesto que hay quien parece ablandarse y no se ablanda. Paisanos tiene Hindenburg que lloran lágrimas de cerveza oyendo cantar un *lied* de Schuman, y luego llevan a cabo tranquilamente, y si se lo mandan, cualquier barbaridad, como asesinar mujeres y niños desde un zeppelin o un submarino. Con decir luego que es por deber de obediencia, está todo arreglado. Pero el bruto que entiende así el deber y la obediencia no es un alma belicosa, aunque esté militarizado. El hombre belicoso es el que sabe rebelarse. Y el que no sabe rebelarse, aunque sea capaz de huir impávido a la muerte y de dejarse ametrallar cuando así le manden, es un cobarde. Hay matador de toros que expone su vida ante un miura o un veragua, y no puede decirse por eso que sea un hombre valiente, ni mucho menos. Y pudiera ser que ese bruto Hindenburg o el desgraciado Kronprinz que lanzan a sus soldados a la muerte no tengan nada de valientes y sí mucho de cobardes.

No, no creo como creen algunos ilusos que esta guerra va a acabar con las guerras. Se-

ría una desgracia que así fuese. Si contribuye a quebrantar el militarismo y su prestigio, no será poco lo que habrá ganado la causa de la civilización, que es civilidad. Y civilidad es el contrario de *militaridad*, como civilización, se opone a *militarización*. Si esta guerra contribuye a civilizar la guerra, no será poco. Porque se trata de ver si pueblos civiles, no militarizados, pacíficos aunque no apacibles, pueden preparar la victoria, improvisándola, en gran parte, frente a ejércitos de agresión y de rapiña. Porque ahora pelean pueblos, y pueblos belicosos, contra ejércitos sumisos y serviles. Si los pueblos libres, belicosos, revolucionarios, vencen, como espero y creo, a los ejércitos serviles y sometidos, volverán las guerras nobles, las guerras civiles, las discordias intestinas por el derecho y por la justicia y por la verdad. Porque no es posible que un hombre ni un pueblo inteligentes y libres se pongan nunca de acuerdo consigo mismos. No hay más que dos clases de hombres con la conciencia perfectamente unificada y unanimitada, y son los santos absolutos y los criminales por naturaleza. Y para vivir en este mundo tan malo es ser santo absoluto como ser criminal. O mejor, el santo absoluto no existe. Dicen que lo fué Jesús de Nazareth y él dice que vino a traer la guerra. Y guerra nos trajo, la más fecunda guerra, la guerra civil. "No penséis que he venido para meter paz en la tierra; no he venido para meter paz,



sino espada—dijo.—Porque he venido para hacer disensión del hombre contra su padre y de la hija contra su madre y de la nuera contra su suegra” (Mat. X, 34-35). Y otra vez: “¿Pensáis que he venido a la tierra a dar paz? No, os lo digo ¡sino disensión! Porque estarán de aquí en adelante cinco en una casa y divididos: tres contra dos y dos contra tres; el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra” (Luc. XII. 51-53).

Esta guerra fecunda y civil, de unas generaciones de un mismo pueblo entre sí, esta guerra de padres e hijos propulsora del progreso, es la que ahoga el militarismo. Cuando el bárbaro militarismo prusiano y su disciplina embrutecedora y entontecedora hayan sucumbido en la guerra, se alzarán la venidera generación alemana contra ésta de hoy, que por cobarde obediencia le está sacrificando, y será la verdadera guerra, la civil, la noble, la fecunda, la que vino a traer el Cristo.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, Junio de 1916.

(*La Nota*, Buenos Aires.)



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES